

MESA DE EXPERTOS: UNIDAD DE VIDA: MUNDO INTERIOR

**TERESA DE JESÚS: LA EXPERIENCIA MÍSTICA,
CAMINO DE PLENITUD DE LA MUJER**

Claire Marie Stubbemann

Profesora de la Facultad de Teología del Norte de España y del CITES

Cuando nos acercamos a Santa Teresa de Jesús, se imponen a nuestra atención de forma casi inmediata y, por tanto, también ineludible, dos campos temáticos fundamentales: Teresa, la mística y Teresa, la mujer. Teresa es, sin duda, un personaje paradigmático bajo muchos aspectos, pero lo es ante todo como mística y como mujer.

No es mi cometido desarrollar estos aspectos aquí; los doy en cierto modo por sabidos. El objetivo de mi breve intervención es unir ambos aspectos bajo un enfoque muy concreto: Estoy convencida que la experiencia mística de Teresa supuso en su vida un camino no sólo de plenitud humana sino también específicamente femenina.

Con esta afirmación no quisiera decir, sin embargo, que sólo en Teresa se haya dado esta circunstancia. Creo que la vida mística se ajusta de tal forma al ser de la mujer que el crecimiento en la experiencia mística contribuye ineludiblemente también al desarrollo de la femineidad. Teresa nos ha dejado una afirmación interesante en vida:

Hay muchas más [mujeres] que hombres a quien el Señor hace estas mercedes [místicas], y esto oí al santo Fray Pedro de Alcántara (y también lo he visto yo), que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba de ello excelentes razones, que no hay para qué decir aquí, todas en favor de las mujeres (V 40,8).

La trayectoria de Teresa nos confirma que no hablamos simplemente de una interacción entre ambos aspectos, sino de una exigencia antropológica intrínseca. Dicho con otras palabras: el pleno despliegue del ser de mujer según el designio de Dios requiere la experiencia mística o, como solemos decir hoy en día, una profunda vida interior.

El ejemplo de Teresa, salvaguardando que cada llamada de Dios al hombre es única e irreplicable, constituye en este sentido una profunda interpelación (¿incluso crítica?) acerca de cómo queremos y debemos vivir nuestra femineidad. Me parece un reto no sólo actual sino urgente, aunque también muchas veces incómodo en el clima social de una creciente de-construcción de lo femenino.

De acuerdo con este planteamiento voy a desarrollar brevemente los siguientes puntos:

¿Qué entendemos por femineidad?

¿En qué sentido podemos decir que la experiencia mística plenifica y perfecciona a la mujer?

EL EJEMPLO DE SANTA TERESA DE JESÚS

¿Qué entendemos por femineidad?

El término femineidad hace referencia al modo genuino cómo la mujer sale al encuentro del hombre y del mundo. Se trata de un conjunto de valores y actitudes, todos ellos dirigidos directamente a lo humano. Este modo específico está, en último término, determinado por la vocación de la mujer a la maternidad, vocación inscrita en su naturaleza. Maternidad, entendida como impronta espiritual antes que capacidad biológica. En cuanto tal se trata de un elemento constitutivo del ser femenino, no de un simple atributo; del núcleo unitario, inalterable y permanente del ser de la mujer, diferente al del varón, que configura su vida anímica, corpórea y espiritual, es decir, a la persona en su totalidad, y que no está sometido a cambios socioculturales. La mujer no se hace sino que es. De ahí que la especificidad femenina remite claramente a la condición sexuada de varón y mujer dentro de la común humanidad.

En este sentido Juan Pablo II afirma que «la mujer representa un valor particular como persona humana, [...] por el hecho mismo de su femineidad» (MD 29) e incluso habla de un “yo personal y femenino” (MD 4; RM 13), como diferente a un “yo” masculino.

¿Cómo se manifiesta, cómo se proyecta este yo personal femenino en la vivencia de la mujer? En virtud de su vocación a la maternidad a la mujer le caracteriza una específica orientación hacia la vida: toda su estructura psicofísica –su cuerpo, su psique

y su espíritu- está preparada para acoger y nutrir, cuidar y promover la vida en sus múltiples manifestaciones. Por eso capta más fácilmente al ser humano en su totalidad con vistas a su desarrollo integral, posee una sensibilidad connatural para percibir las auténticas necesidades de la persona y una prontitud visceral, entrañable para socorrerla. Se compenetra con mayor naturalidad que el varón con lo vivo personal, lo concreto y ajeno. Esto hace que el centro de gravedad no esté en ella, sino en “otro”. «La mujer conserva la profunda intuición de que lo mejor de su vida está hecho de actividades orientadas al despertar del otro, a su crecimiento y a su protección». El hecho de que la mujer esté preparada a todos los niveles a recibir y gestar en sí un ser viviente confiere a todo su ser y hacer un sello maternal inconfundible. Sin embargo, esta maternidad no se circunscribe a su dimensión biológica, sino que incluye a todos los seres humanos; es una maternidad espiritual, y en cuanto tal el modo propio como la mujer ejerce su señorío sobre el mundo, al servicio del ser humano.

Valores como la comprensión, la intuición, el acompañamiento, la donación en forma de acogida, el saber escuchar a la vida en y desde las propias entrañas, todo ello constituye el bagaje femenino, el genio de la mujer o su forma genuina de amar.

Siendo manifestación del ser mismo de la mujer, la femineidad forma parte de su vocación y, por tanto, de su autorrealización. Esto significa que no es un simple “plus” por el que la mujer pueda optar o no, sino que se presenta como una exigencia antropológica intrínseca, arranca de la vocación originaria de la mujer: ser esposa/compañera y madre, y está al servicio de su desarrollo más pleno. Es el designio divino inscrito en su naturaleza y, por tanto, su forma de ser imagen de Dios que ella, la primera, ha de conocer, agradecer y fomentar; es también su carisma, es decir, el cauce más genuino de entrega y, así, de reencuentro consigo misma. Por todo ello es también misión, don alumbrado constantemente en la tarea confiada de manera especial a la mujer.

¿En qué sentido podemos decir que la experiencia mística plenifica y perfecciona a la mujer?

Todo lo que acabamos de esbozar acerca de la especificidad femenina la mujer no es capaz de desplegar solamente con sus propias fuerzas. El pecado ha dejado herida la

naturaleza humana en su totalidad. Por otra parte, la persona responde a la llamada a la santidad que Dios la dirige al crearla a través de su realización genérica, específica e individual, es decir, con su ser y su condición concretos. Pero sólo uno puede sanar los estragos que el pecado ha dejado y sigue dejando en nuestra naturaleza: Jesucristo. Sólo en el amor de Dios la persona queda esclarecida de las escorias de su naturaleza caída. Sólo en la relación personal con Cristo la mujer es elevada sobre lo meramente natural y atraída hacia la unión plena con ÉL, no al margen sino a través del despliegue total de su ser, porque la redención que Cristo ofrece al hombre no sólo atañe a lo que varón y mujer tienen en común sino también a su respectiva especificidad. Entiendo por experiencia mística esa amistad personal con Cristo que Teresa nos ha desentrañado en sus escritos sobre la vida de oración en sus diferentes grados.

La mujer juega, de alguna manera, con ventajas en su encuentro con el Señor, ya que le permite entregarse a ÉL, no sólo como Dios hecho hombre, sino como verdadero varón, esposo del alma. Entregándose a ÉL sin límites, da al mismo tiempo lo mejor de sí al servicio del prójimo, porque nada como el amor divino la lanza a amar a los demás como ÉL los amó. Y no hay mayor fecundidad sino engendrando nueva vida dando la suya.

El ejemplo de Teresa

La vida de santa Teresa constituye un ejemplo luminoso y esperanzador de la obra de la gracia, precisamente también en las coordenadas específicas de su ser de mujer. Es de un valor inestimable que ella misma nos haya contado personalmente su trayectoria humano-femenina, espiritual-mística. Hay un claro antes y después a partir de su conversión, en el encuentro con el Cristo llagado (V 9,1), que quedó tan impreso en su alma que ya no pudo «asentar en amistad ni tener consolación ni amor particular, sino a personas que entiendo la tienen a Dios» (V 24, 6). Hay un antes y después cuando, por fin, comprende desde dentro que no hay vida ni verdadero encuentro, hasta «no poner toda confianza en Su Majestad y perderla del todo punto de mí» (V 8,12).

En Teresa podemos seguir paso a paso el itinerario de la fuerza transformadora y sanadora de la misericordia divina que se le descubre en la vida de oración y que

despierta, liberándola de sí misma, todas sus fibras y potencias de mujer que ama hasta morir de amor.

En Teresa contemplamos a la mujer comprometida con el hombre de su tiempo porque no pone resistencias al Espíritu que la convierte en la gran colaboradora de Cristo en Su obra de salvación. En este sentido es un ejemplo vivo de la fuerza sanadora y constructiva de lo femenino.

Teresa es madre fecunda no sólo porque engendró tantas hijas e hijos del Carmelo sino porque su maternidad espiritual se desbordó mucho más allá de los muros de sus conventos, nutriendo hasta hoy a generaciones con su alimento espiritual bebido directamente en la alcoba del Amado.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La especificidad femenina tiene su raíz en la eternidad, pues es el designio del Creador inscrito en la naturaleza de la mujer y, por tanto, su forma concreta de ser imagen de Dios.

Sólo en la medida en que la mujer vive enraizada en el crisol de lo eterno, Dios mismo en su misterio, llegará a desplegar su femineidad más allá de sus propias fuerzas.

El ejemplo de Teresa nos enseña que no hay plenitud de la mujer al margen de Cristo. El don reclama la gracia para llegar a ser fecundo.

Alma buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme has en ti.
Fuiste por amor criada
hermosa, bella y así
en mis entrañas pintada;
si te perdieras, mi amada,
alma, buscarte has en Mí.